

DE LA POESÍA SATÍRICA

SIN duda por lo que tenemos de latinos, es decir, por el origen en gran parte latino de nuestro idioma; los españoles é hispano-americanos, somos algo ó bastante inclinados al cultivo de la sátira en literatura. Retiérome en este caso á nuestro origen latino, por aquella tan conocida frase de los antiguos romanos: *Sátira tota nostra est*, la cual ha generalizado, con más fuerza que acierto, entre los preceptistas y críticos literarios, la opinión de que el género satírico fué inventado por el pueblo romano; siendo así que este género, relacionado íntimamente con lo cómico en general, aparece ya en la literatura griega y quizás en otras tanto ó más antiguas que esta. Lo que no puede negarse, es que la sátira, como todos los géneros literarios, se adapta más al génio de una raza que al de otra; y en este concepto, españoles ó hispano-americanos, por lo mucho que tenemos de latinos, bien podemos decir que reunimos quizá más que otros pueblos, aptitudes especiales para el cultivo de la sátira.

Y dejando aparte las definiciones y divisiones más ó menos arbitrarias que críticos y tratadistas han hecho de la sátira en literatura, y concretándome á determinar el aspecto que ella presenta en nuestros tiempos, debo decir que no puedo conceder á la sátira poética su fin rigurosamente moral y educativo. Sin negar en absoluto que por medio de ella se pueden popularizar provechosas enseñanzas, corregir arraigados vicios é infligir justos castigos, creo sencillamente que la sátira por lo común usada, la que se espresa en verso ó por medio de la armonía rítmica, ha de ser ante todo la determinación de lo bello, y que fuera del concepto estético ó puramente artístico, la importancia real y verdadera de una composición satírica, está en el ingenio con que en ella se determina el estado de ánimo del que la escribe, y en la comparación que surge naturalmente entre la opinión individual del satírico y el modo de pensar ó de existir de la persona, partido ó colectividad satirizados. Me cuesta trabajo creer que los poemas burlescos, aun los más celebrados, hayan ejercido en el desenvolvimiento moral é intelectual del mundo, la influencia que muchos suponen. La sátira molesta, confunde ó bien irrita á aquel que de ella es objeto; distrae, regocija, halaga al malicioso y al intolerante, gusta al justo y al prudente cuando es culta y claramente la inspira un interés legítimo y general; pero todo esto no es bastante en mí sentir para elevar, como algunos quieren, á la categoría de didáctico el género satírico, ni menos para suponerle capaz de encarnar impulsos literarios que trasformen á toda una generación intelectual. Expresé belleza, co-

mo arte que es, y llenará su principal objeto; si no la expresa, es el más insustancial de los géneros literarios, y su cultivo el empeño menos digno de todo aquel que no escribe públicamente para satisfacer bajas pasiones.

Importa no confundir la sátira con la ironía, y con lo que en nuestros días se llama humorismo. Estilo irónico es en realidad uno de tantos procedimientos retóricos; se habla ó escribe con ironía, como se puede escribir en estilo llano, afectado, florido, elevado ó vehemente. Aunque burlón, puede el irónico producir en el ánimo ideas bien tristes. El humorismo es ya muy distinto de la sátira y de la ironía: es la determinación de una cualidad personal, íntima del autor: el humorismo no es siempre alegre, jocoso y mordaz, es un estado de ánimo especial, en que mejor se manifiesta la variedad del espíritu humano cuando se abandona á su propia espontaneidad y no se subordina á una idea, á un sentimiento ni á un fin determinado, operándose en él cierta sucesión tumultuosa y por lo común superficial de las impresiones del mundo exterior, sucesión que despierta ideas y sentimientos varios y analogías; todo lo cual, según sean las condiciones artísticas del que habla ó escribe, su instrucción, su memoria, es, en concepto de algunos, el medio más adecuado para producir las mayores bellezas concebidas por medio de la palabra, y efectuar los más difíciles ejercicios de la gimnasia intelectual.

J. GÜELL Y MERCADER.

A LA PREMATURA MORT DE 'N
BARTRINA

A MICH, quan, anys enrera,
Ab tu jo conversava,
Sentintne de tos llabis
Originals portents,
Girant sobre un tronch débil
Lo cap te contemplava,
Com closca guardadora
D' un mon de pensaments.
Mes quan nos despediam,
Recordo que 't cantava:

Dèu fassa, primerenca
Flor d' atmeiller,
Que no 't glassis y moris
Sota la neu!

Com may dels amichs íntims
S' esborra la memoria,
Quína era, preguntava,

Ta bona ó mala sort,
 Y al poch d' admirar l' ALGO,
 Que 't va dar tanta gloria,
 Van dirme, com temia:
 L' amich Bartrina ha mort!
 ¡Has mort, dictant lo prólech
 de la brillanta historia,

Com moran primerencas
 Sota la neu
 Las flors mes atrevidas
 Del atmetller!

ISIDOR FRIAS.

DESDE EL CASTILLO

El día de la Asunción de Nuestra Señora, el día en que la Iglesia conmemora con solemne pompa la ascensión de la Virgen inundada de luz, cobijada por el sol y rodeada de alados serafines *dejando este valle silencioso, oscuro*, como diría el poeta, la generalidad de los pueblos de nuestro delicioso, feraz y risueño campo de Tarragona celebran su tradicional fiesta mayor con la alegría en el alma y el entusiasmo más vivo en el corazón.

El modesto pueblo de Vallmoll (permitidme esta transición aunque algo brusca,) celebra todos los años en el 15 de Agosto su renombrada fiesta mayor. A ella acuden centenares de vecinos de la inmediata villa de Valls, no pocos de los pueblos del *Pla* y algunos de Tarragona. Nosotros en un airoso y ligero carruaje nos trasladamos desde Reus á aquella pintoresca población rodeada de floridos huertos y señoreada por un vetusto y artístico castillo feudal, perteneciente á uno de los primeros títulos de nuestro histórico y codiciado territorio catalán.

Agonizaba la tarde cuando entramos á pié en aquel oscuro pueblo. Las campanas repicaban á fiesta, en frente de los cafés y bajo pomposas enramadas refrescaban centenares de forasteros, en medio del arroyo levantaban sus arriesgados castillos *los xiquets de Valls*, los balcones y ventanas aparecían coronados de risueñas doncellas, y una sociedad coral, con tanto sentimiento como entonación, ostentando todos los coristas el encarnado gorro catalán, ejecutaba las más tiernas creaciones del malogrado Clavé.

Fuimos calle arriba, pasamos por delante del sombrío cementerio, nos internamos en la despejada plaza de la Constitución, y subimos después al severo, desierto y desmantelado castillo, que asentado sobre una pequeña colina parece ser el centinela de toda aquella risueña comarca regada por centenares de fuentes, cobijada por ár-

boles frutales y sombrías arboledas matizadas de verdura que con sus galas, con sus perfumes, con sus sombras, con su plácida soledad y con sus pájaros cantando convidan al descanso, al estudio y al amor.

Penetramos en el gótico castillo ya sin puente levadizo ni centinelas. Los artesonados y severos salones amenazaban ruina; la ancha chimenea aparecía sin lumbre y abandonada; la cámara nupcial convertida en nido de golondrinas y en domicilio de insectos; el oratorio medio hundido, las imágenes reemplazadas por los lagartos que se arrastraban en la rota y empolvada ara del altar; las húmedas mazmorras sin oprimidos siervos, las altas almenas sin guardias ni vigías y ni en lo más alto de la torre del sombrío y desmoronado torreón no ondeaba ya el cuerpo de algún infeliz ahorcado, víctima de los atropellos de su señor y sirviendo de espléndido botín á las aves de rapina.

Los bandos, los torneos, los atropellos, los días de luto, las noches de maldición, las lágrimas de las vírgenes arrebatadas violentamente del lecho nupcial, los rencores de los siervos, los guardas, los carceleros, los esbirros, los verdugos, los ahorcados, los oprimidos y los opresores, todo había desaparecido para más no volver. El trovador de la Provenza ya no llamaba á sus puertas al compás de su laud llorando la perdida libertad de su heroica tierra; la gentil doncella, púdica rosa encerrada en un invernadero, no bordaba la rica banda para el ausente doncel; la dueña quintañona no murmuraba por lo bajo sus oraciones; la noble dama no maldecía su suerte en un ángulo del salón; el paje no se deslizaba alegremente por las galerías; el escudero no narraba sus batallas; ni el señor de horca y cuchillo, encenegado en el vicio, acariciaba su copa y su lebril ahogando en vino la voz de su conciencia, de sus crímenes, de sus rencores, de sus venganzas, de sus atropellos que maldecían los hombres y con los hombres Dios.

De pronto un sordo vocerío, el repique de las campanas, los acordes de la música y el solemne y acompasado canto de los sacerdotes llegaron á nuestros oídos: acababa de salir de la iglesia la procesión.

Nos asomamos á una de las afiligranadas ojivas coronadas de hiedra, y desde ella, admirando á todo el pueblo á nuestras plantas, contemplamos las banderas de los antiguos gremios, sagrados estandartes que recuerdan nuestras antiguas libertades; los músicos; los cantores, la Virgen yacente llevada en andas; el cura párroco revestido con su rica capa pluvial y el Ayuntamiento recorriendo las principales calles de la villa cuajadas de encantadoras niñas y de apiñada multitud.